

Reflexiones sobre el historiador en un enfoque interdisciplinario del porvenir

GERMÁN CARRERA DAMAS*

pp. 141-149

Esta conferencia fue dictada en el marco de las jornadas de celebración de los 60 años del Cendes, las cuales se extendieron del 13 de octubre al 30 de noviembre de 2021.

No recuerdo cuando se inició mi relación con Cendes, pero sí que comenzó con la lectura del trabajo de José Agustín Silva Michelena. Sus primeras producciones las estudié con mucho detenimiento, porque me abrían una perspectiva que yo sentía que se correspondía con la visión de la historia que ya se formaba en mi pensamiento. Luego me enriquecieron mucho las conversaciones con Héctor Silva Michelena, un hombre culto, amante de la poesía, conocedor de la literatura, pero además con una inteligencia especialmente despierta (aquí no puedo dejar de mencionar también a su mujer, Adicea Castillo, con quien sostuve largas conversaciones sobre la mujer en América Latina). Y todo esto estaba en correspondencia con mis preocupaciones por el destino profesional del historiador.

Ese asunto me interesó desde muy temprano y por ello aparece recogido en mi primera obra publicada en 1958, titulada: *Entre el bronce y la polilla* –un pequeño fascículo–, y en mis posteriores planteamientos sobre la formación profesional del historiador. Mi reacción fundamental era contra aquellos que consideraban que el historiador debía servir para dar discursos ante las estatuas de bronce o para estar sumergido en una cantidad de papeles, con la circunstancia de que tales papeles eran más perdurables que el bronce, ya que esas visiones de la historia perduraban porque siempre iban a la exaltación

* Maestro y Doctor en Historia. Profesor y exdirector de la Escuela de Historia de la UCV. Ejerció y fundó la Cátedra Simón Bolívar en varios países. Embajador de Venezuela. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela y Miembro Correspondiente de las Academias de Historia de México y de Colombia.

Correo-e: german.carrera.damas@gmail.com

de lo heroico, del desprendimiento. Y yo, en lo personal, recién formado en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, al recibir mi título de Maestro de Historia me pregunté: bueno ¿y ahora qué? Porque yo sentía una inconformidad con aquello de tener que escoger entre el discurso al pie de la estatua y la cita del documento tal de tal época, y cosas parecidas. Por eso me dije: bueno si para eso sirven los historiadores, mi futuro no me resulta muy atractivo.

Pero eso mismo me llevó a tratar de ver al historiador de otra manera, como alguien vinculado no solo con el pasado de los pueblos sino, y sobre todo, con su futuro, pero no desde el punto propiamente de exaltación de lo que yo ya configuraba como el culto a Bolívar: ser dignos de aquellos que nos dieron la libertad, etc. Presentía que para el historiador debía de haber alguna otra forma de vinculación creativa con su sociedad, de tal manera que su función fuese más allá de esta especie de juego de adjetivos y de actos alusivos a las batallas o hecho burocráticos, sino que debía ser algo que llevara propiamente a vincularse con lo que eran los intereses fundamentales de la sociedad y, especialmente, con su desarrollo o sus posibilidades en el porvenir.

Cuando regresé a Venezuela del exilio al que me vi obligado por haber protestado por el golpe de Pérez Jiménez, me encontré con un país donde se proponía como guía para el desarrollo las ideas de Simón Bolívar. Aquello me impactó, porque desarrollar un mundo moderno, que nació después de la Segunda Guerra Mundial, con las ideas del siglo XVIII, me pareció desfasado con respecto a la situación del momento y me preocupó mucho. Por eso escribí el libro que se tituló *El culto a Bolívar*, donde hago la crítica, no ya de la historia sino del uso atemporal de lo histórico; hablo del *culto* a Bolívar y de allí el lema de que el culto de un pueblo fue convertido en un culto para un pueblo. Es decir, para manipular un pueblo y manipular su atraso ideológico y hacerlo dócil a toda suerte de intentos y propósitos. Para otras personas, todavía existía la duda y la resistencia que normalmente existe cuando se trata de un cambio científico, como cuando se trata de un cambio político. El tipo de historia que nos enseñaban ni tocaba esas cosas; para esa historia no existía esa perspectiva, es decir, una capacidad de ver en la acción histórica algo más que motivo de orgullo.

Esta preocupación por indagar la posibilidad de un campo, para mi juicio, más justificativo del esfuerzo que se exige al historiador, me llevó a interesarme fundamentalmente por las ciencias sociales y a tomar conciencia de que lo histórico es, en primer lugar, un acto social donde las circunstancias

en lo ambiental e incluso geográficas juegan un papel importante, pero básicamente es una cosa de los hombres que padecen, que viven o que florecen en ese ambiente, y se requiere poder ver a esos hombres como algo más que un acontecimiento por su carácter, si se quiere, heroico o en todo caso lleno de exaltación.

Estas reflexiones me llevaron a una situación que hasta me da pena recordar. Cuando me gradué en México, en la celebración de los profesores con los estudiantes, alguien tuvo a la infortunada idea de seleccionarme para decir unas palabras y yo, además de agradecer a mis profesores, terminé con algo que creó cierta reacción: dije que, en lo personal, les agradecía a mis profesores lo que había recibido y que ahora vivía la emoción de poder comenzar a estudiar la historia. Esto fue entendido por algunos de ellos como una especie de desdén por lo que me habían enseñado, por lo que tuve que explicarles que era todo lo contrario: ellos me habían preparado para desarrollar una conciencia crítica, que me permitía pensar que había todo un vasto universo que explorar para poder llegar a eso, que yo consideraba que debía ser la función social del historiador.

Desde entonces consideré que el historiador debía ser un *científico social integral*. Esto puede parecer una exageración, pero no se refiere al hecho de que domine todas las ciencias sociales, sino que para la interpretación del hecho social debe ser capaz de tomar de todas las demás ciencias sociales, proposiciones, resultados, indicios, es decir, material de trabajo para poder llegar a configurar el hombre histórico. Porque el hombre histórico no es un hombre económico, tampoco es un hombre ideológico, es sencillamente el resultado de la confluencia, no siempre muy pacífica sino muchas veces muy violenta, de todas estas instancias en las cuales se manifiesta propiamente la existencia del hombre. Este era el punto que me llevó a ver al historiador como una suerte de *científico social integral*. Pero había una razón específica, además, porque el historiador, a diferencia del científico social en sus diversos campos, está situado en una posición muy particular: para el científico social, formado en el campo de las ciencias sociales, rige el tiempo cronológico; para el historiador no, él tiene un tiempo específico que es el tiempo histórico. En consecuencia, juzgar los hechos le crea una situación bien difícil, a diferencia de lo que les ocurre a los otros científicos sociales; ellos pueden medir y contar, y de allí sacar conclusiones. No voy a decir que eso no tuviese sentido. Lo que quiero decir es que a mí me dejaba insatisfecho porque parecía ignorar ese otro aspecto de la condición humana que no se puede medir ni contar, pero

que si puede ser interpretado y puede ser incluso visto en su desarrollo. Ese es el tiempo histórico y por consiguiente un acontecimiento de hoy puede todavía tener repercusiones, no digo mañana sino pasado mañana y mucho tiempo después.

No obstante, queda claro que todavía subyace la posibilidad de un retorno o de un resurgir en función de una dialéctica que yo intuí un poco y que denominé *continuidad de ruptura*: lo que hoy sucede produce un efecto, pero ese efecto, al prolongarse en el tiempo, puede no solo enriquecerse y hasta cambiar en su naturaleza, sino que puede sufrir una fractura; eso no quiere decir que el efecto haya dejado de regir, no; subyace, escondido en el fondo de lo social y de pronto resurge en su misma condición o con ciertas alteraciones. Esta idea me hizo pensar que el historiador debía interesarse por las ciencias sociales en general, porque es la confluencia de todas ellas lo que hace al hombre histórico. El hombre no es el hombre económico un rato, un hombre valiente en otro y un guerrero en otro rato, no. Él es todo eso en un juego permanente en el cual se van actualizando a veces situaciones de las más caprichosas.

De allí que me convencí que era necesario rediseñar la formación del historiador para que él pudiese armarse con los conocimientos básicos de las demás ciencias sociales y de esa manera interpretar el hecho social como una totalidad, haciendo posible que los actores que lo integran fuesen actualizándose y revelando su proyección; esta era su función principal. Por eso quise plantear la posibilidad de que en la Escuela de Historia se hiciese un estudio más que superficial, más que complementario, sino básico, de las ciencias sociales en general, cuando menos en sus resultados propuestos para interpretar lo histórico. De allí mi tarea cuando ingresé a la Universidad Central de Venezuela, a la Escuela de Historia. Es el momento más glorioso para mí y por eso mi agradecimiento a esta que es mi verdadera *alma máter*, el cual no ha hecho sino crecer con el tiempo, porque fue allí donde encontré el campo básico necesario y propicio para indagar por esta vía. Y cuando fui director de la Escuela de Historia hubo extrañeza de que yo pusiera una materia, al inicio de la carrera, que se llamaba «Lectura e interpretación de la estadística», pero es que su objetivo era que el estudiante de historia entendiera que la estadística no es una fotografía de la realidad, sino una vía necesaria para el conocimiento de esta y que, en definitiva, lo que podía de un modo radical caracterizar un hecho social, ni podía medirse ni podía contarse, pero podía sentirse y, lo que es más, podía presentirse y que, por lo mismo, la historia se

volvía también una ciencia de lo actual, entendida como aquello que es en la medida que está dejando de ser para convertirse en otra cosa.

Oír eso podría entenderse como un juego de palabras, pero esa óptica queda clara con la obra que produjo después, que se tituló *Historia prospectiva* en la que se estudiaban hechos muy concretos. Por ejemplo, allí recojo un estudio sobre la Europa central, las llamadas democracias populares, y sobre la Unión Soviética, partiendo de la base de que sus experiencias hacían posible evaluar su evolución y puedo afirmar que el margen de error –siempre existe un margen de error– no fue lo predominante; más bien fue posible prever con bastante exactitud la diferencia del curso que tomarían los diversos países al distinguir los que ya habían alcanzado un desarrollo capitalista previo a la inauguración del socialismo, como era el caso de la República de Checoslovaquia, y el caso por ejemplo, de Bulgaria que no había llegado todavía a esa primera fase y, en consecuencia, era posible para el historiador formular una visión prospectiva para ambos casos con la fundamentación necesaria. Este es el juego en el que yo he estado más comprometido.

Allí es donde entra mi vinculación con el Cendes. Leyendo a José Agustín, hablando con Héctor y leyendo los trabajos que se hacían sobre las perspectivas del desarrollo en Venezuela, me convencí más que nunca de que era necesario formar un historiador con una condición que lo hiciese útil para participar de la labor de diagnóstico y de pronóstico de la evolución de una sociedad, de tal manera que no se incurriera en el error de fijarle a esta cursos que en definitiva pudieran conducir o llegar exactamente a lo contrario de lo esperado. Señalar esto es muy importante, porque allí se han sacrificado pueblos, y no solo los venezolanos, al tomar la iniciativa de desarrollo de una república liberal moderna, basada en la participación de la sociedad como soberanía popular. Un buen ejemplo de esto lo da el revisar el final del régimen de Gómez y sobre todo el régimen continuista del General López Contreras. Entonces se suponía que las cosas iban a continuar como estaban, con algunos ajustes, algunos arreglos, pero sin exponerse a un fracaso. Quienes así actuaban no tomaban en cuenta la historia: ya era 1939, la segunda guerra mundial, y el mundo entraba en una fase de transformación con la llamada carta del Atlántico y luego la formación de las Naciones Unidas. Es decir, ya los términos para evaluar el posible desarrollo de una sociedad escapaban de lo histórico y se abría un escenario donde era muy importante que el historiador pudiese emplear los métodos y los recursos de la historia en función de las evaluaciones contemporáneas de los

procesos sociales y económicos; con eso podría formarse una idea bastante aproximada de lo que podía ser la evolución de la sociedad. Esa fue mi meta y por eso reformamos la Escuela de Historia y se comenzaron a hacer trabajos en esa perspectiva razonablemente aceptables.

Mi vinculación con el Cendes nace también de esa óptica del oficio del historiador. Concretamente, cuando se tomó la decisión de crear la faja petrolífera del Orinoco en la franja de 200 km de ancho al norte del Orinoco, un equipo del Cendes hizo una exploración de la zona, curiosamente en helicóptero, y observó que había un hato aquí y otro hato a 30 km más allá, por lo que llegó a la conclusión de que esa era una región vacía y así se afirmó en el texto hecho al respecto. En consecuencia, se podía proceder a planificar prescindiendo de lo existente, de la gente que estaba asentada allí en ese hábitat disperso y podía llegarse a un mejor uso del espacio. En ese momento yo tenía un pequeño grupo, éramos cinco personas, algunos egresados de las ciencias sociales en general (personas que me enseñaron mucho más de lo que yo creí que podía aprender) y a raíz de conocer ese trabajo, hicimos un estudio y encontramos que esa región estaba plenamente ocupada desde fines del siglo XVIII y nuestros estudios nos demostraron que en esa zona la actividad económica casi única era la ganadería en libertad. Viendo las tierras, el tipo de ganado y, sobre todo, el pasto existente, llegamos a la conclusión de que para sostener una res se necesitaban por lo menos 4 hectáreas de terreno; en consecuencia, no podía haber un hato colindando con el otro, sino a 20 o 30 km de distancia, porque de otra manera la economía ganadera no podría funcionar. Cuando planteamos esto en el Cendes, hubo un gran asombro de que un hecho tan concreto y preciso como vaca, tierra y pasto pudiera determinar la plena ocupación de una tierra o de un territorio que, visto desde arriba parecía poco menos que desierto. De esa manera, las medidas que se fueran a tomar para organizar el territorio, debían utilizar ese dato como punto de partida para no incurrir en daños mayores o en graves errores. No voy a decir que fuese necesariamente así, pero era muy probable y, cuando lo expusimos, felizmente las personas que dirigían Cendes así lo entendieron y yo les estaré eternamente agradecido, pues comprendieron que eso tenía un sentido, una razón de ser y que le daba al proyecto de reforma de la sociedad, del Estado, una fundamentación mucho más confiable.

De allí surgió la idea, con José Agustín Silva Michelena, de constituir en Cendes una especie de grupo de trabajo dedicado a lo que podría ser

una visión sociohistórica, acorde con la realidad específica de la sociedad venezolana. No era cuestión de qué íbamos a aplicar la fórmula que fulano de tal aplicó en Alemania o en Francia, no. Era el estudio de la realidad venezolana y del enfoque sociohistórico que permitiría apreciar su verdadera situación. Se trataba de aplicar un esquema distinto al que quiso aplicarse y que tanto daño nos hizo en otras áreas. Me refiero, por ejemplo, en el caso de las industrias básicas, donde no se acabó de entender que es la demanda la que debe generar la oferta y no la oferta la que debe generar la demanda. Eso tan obvio parecía entonces una locura y sobre todo dicho por historiadores y no por reconocidos economistas, que los había. Ese tipo de problemas de visión histórica era necesario para marchar con paso más seguro hacia un desarrollo global de la sociedad, considerando que el objetivo no era desarrollar el territorio sino desarrollar la sociedad, de tal manera que ese vínculo de una sociedad en desarrollo pudiese hacer al mismo tiempo la unidad de su territorio; es decir, queríamos fundar la república y la nación al mismo tiempo y que los recursos de la sociedad pudiesen utilizarse con razón, con provecho. Había la discusión sobre los llamados polos del desarrollo y recuerdo que la gente del Zulia decía ¿por qué vamos nosotros a producir el petróleo si lo invierten en Guayana, por qué no lo invertimos en desarrollar el Zulia? Igual en Monagas, o en otras partes, porque no había, no existía esa conciencia de nación. Todo eso se fue creando gracias a muchos esfuerzos.

Mi agradecimiento a Cendes es muy claro y directo. Gracias a la oportunidad que nos brindaron el grupo de excelentes personas que participaron en lo que llamamos «el proceso de análisis sociohistórico», produjimos varios volúmenes y proposiciones que fueron valoradas por otras universidades e instancias, como tuvimos prueba de ello a través de visitantes y sobre todo de publicaciones. Debo señalar, porque es el primer deber de un historiador de oficio, el ser fiel a lo observado y por eso reconozco que en realidad yo no lleve el saber al Cendes. Lo hicimos todos (Ocarina Castillo, Gastón Carballo, Josefina Hernández) en una franca y directa conversación, donde mil veces estuvimos enfrentados, pero siempre con el propósito de llegar a establecer lo fundamental. Y lo fundamental era nuestra confianza en que el gran paso que se había dado el 18 de octubre de 1945 de comenzar a fundar la nación, ese paso llevado adelante con dificultades, con obstáculos, había dejado un legado que era clave para entender los posibles desarrollos de la sociedad. Ese legado era que ya los venezolanos podríamos recordar la democracia, no sólo anhelarla, no sólo aspirar a ella, sino que sabíamos cómo se llegaba

hasta allá. Sabíamos cómo se estructuraba la nación y sabíamos también cómo podíamos incurrir en lo que yo, al fin y al cabo, glotón ilustrado, he calificado de una severa intoxicación de democracia. En consecuencia, lo que nos queda a nosotros es recuperar nuestra estabilidad espiritual, sabiendo que hemos construido un régimen de grandeza y que esa construcción ha sido alterada pero todavía no ha sido destruida. De tal manera que nosotros tenemos una cita con la democracia que hemos venido cumpliendo con dificultades desde 1945. Esto es lo más importante que puedo decir de mi vinculación con Cendes, para mí de extrema importancia.

Para terminar, me complace reconocer que mi pasantía por el Cendes me fue altamente remunerativa tanto en lo profesional como en lo social y gracias al enfoque que desarrollamos pude establecer contactos con otras personas en diversos países, que nos visitaron atraídos por lo que estábamos haciendo y viendo que se estaba gestando una visión nueva o, en todo caso, cargada de novedad. Las experiencias vividas me llevaron, en lo personal, a convertirme en la Unesco en lo que ellos llaman un «experto consultor de la historia», hasta el punto que me nombraron miembro del Comité internacional que elaboró la segunda versión de *La historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad*. Por supuesto todo esto *ad honorem*, porque yo era embajador y para el mundo de los embajadores habría sido un pecado percibir beneficios además del estipendio asignado al embajador en el estatuto legal del país, pero abrió un camino que me permitió enfrentar la tarea que, terminado el volumen octavo de esa historia, relativo al siglo XIX, el más europeo de los siglos, me encargaron, como codirector de ese volumen y a raíz de que se enfermó quien debía hacerlo, de algo que todavía me estremece al recordarlo: escribir las conclusiones. Y así este historiador venezolano se encontró llamado a hacer las conclusiones del siglo XIX en el mundo, y digo el más europeo de los siglos porque fue cuando se puso en marcha todo el proceso de conformación industrial. Me costó mucho decidirme a hacerlo, pero escribir las conclusiones más aún, pues me tomó casi seis meses de trabajo.

Para terminar, quiero señalar que ustedes como institución han llevado adelante una tarea fundamental para restablecer la sanidad de la conciencia nacional, es decir, ustedes no culminaron una tarea, apenas la comenzaron. Ahora viene la otra, la verdaderamente definitiva, que consiste en ser capaces de pensarnos no solamente con autonomía y creatividad sino también con un alto sentido de responsabilidad, no ya intelectual sino simplemente humana

pues lo que viene para el mundo será la lucha por sobrevivir y los primeros en pagar el precio serán los países incapaces de actuar conscientes de la situación que se avecina. Por eso es muy importante en el caso de Venezuela que veamos un poco más adelante y me perdonan si traigo un nuevo tema, pero está dentro del mismo concepto de la evolución histórica que el mundo va camino de rendir cuentas de su propia historia y replantearla. Nosotros no podemos llegar con la carga de un pasado valioso, pero ineficaz para el futuro.

Termino diciendo que tengo el mayor respeto por el Cendes como institución de formación de conocimiento, lo que no oculta mi desazón por haber visto algunos de sus miembros siendo partícipes del daño profundo causado a nuestra sociedad y por lo mismo a nuestra nación.